

ALBERT CAMUS (1913-1960)

Murió a los 47 años. Premio Nóbel de Literatura a los 44 años

Ideas fundamentales:

1. El mal, el dolor y la muerte producen *angustia* en el hombre.
2. Esa *angustia* hace preguntarse al hombre por el sentido de su vida.
3. Pero como no hay respuesta, la existencia se le aparece como algo absurdo (=no sirve para nada, no nos lleva a ninguna parte, no procede de nada ni de nadie)
4. Sin embargo, se puede hacer algo para aliviar la sensación de absurdo: buscar el bien de los demás pero, rechazando la idea de Dios, rebelándose contra la existencia de Dios, ya que su existencia supondría un Dios que permite el mal, el dolor y la muerte. (Camus diría lo siguiente: «creería en Dios si este evitara el mal del hombre.»)

POSIBLE CRÍTICA

1. La experiencia angustiosa del *mal*, el *dolor* y la *muerte* se experimenta, en realidad, como carencia de algo, de bien, de satisfacción y de inmortalidad. La búsqueda de estas cosas es inmanente y, por tanto, inevitable.
2. Este hecho de la necesidad de felicidad, puesta de manifiesto en la vivencia del dolor, nos puede llevar a la negación de Dios («¡si Dios existiera, nos libraría del mal!») pero también a su afirmación como posible respuesta a la pregunta sobre el sentido de la vida. En el primer caso, esa necesidad no se ve satisfecha, con lo que el hombre se frustra.
3. Camus creería en un Dios que eliminara nuestro dolor. Pero pedir un Dios que baje y nos libere del mal (causado por las leyes del mundo o por el mismo hombre) es pedirle que haga del mundo una especie de teatro donde se cambien los decorados a gusto del público, y que haga del hombre una marioneta que acepta renunciar a su libertad, lo cual no le hace progresar.
4. Además, si Dios, tal cual es, bajara a este mundo, no sería Dios, porque Dios no pertenece a este mundo. Si se presentara tal cual es ante nosotros, sería de este mundo, y sería la prueba de que no es de naturaleza divina.

5. Dios respeta al mundo (con sus leyes) y al hombre (con su libertad) aún a pesar de que en ellos se produzca el mal y el dolor. Por encima del mal, Dios nos ofrece el poder participar de su divinidad, pero siempre que aceptemos ese ofrecimiento libremente.
6. La respuesta de Dios al dolor humano hay que buscarla en Cristo: él no eliminó el dolor (porque, en realidad, no hay respuesta definitiva en este mundo al dolor humano). Fue solidario con el hombre sufriendo su mismo dolor, pero no lo hizo porque sí:
 - a) lo hizo por obediencia a su Padre, para cumplir su voluntad;
 - b) lo hizo por los hombres; su misión consistió en proporcionarnos una ayuda para superar nuestra tendencia hacia el mal y así poder acercarnos a Dios.

TEXTOS EXTRAÍDOS DE LA PESTE

1. «Maridos y amantes que tenían una confianza plena en sus compañeros se encontraban celosos. Hombres que se creían frívolos en el amor, se volvían constantes. Hijos que habían vivido junto a su madre sin mirarla apenas, ponían toda su inquietud y nostalgia en algún trazo de su rostro que avivaba su recuerdo. Esta separación brutal, sin límites, sin futuro previsible, nos dejaba desconcertados, incapaces de reaccionar contra el recuerdo de esta presencia todavía tan próxima y ya tan lejana que ocupaba ahora nuestros días. De hecho sufríamos doblemente, primero por nuestro sufrimiento y además por el que imaginábamos en los ausentes, hijo, esposa o amante.»

2. «En ese momento el derrumbamiento de su valor y de su voluntad era tan brusco que llegaba a parecerles que ya no podrían nunca salir de ese abismo. En consecuencia, se atuvieron a no pensar jamás en el término de su esclavitud, a no vivir vueltos hacia el porvenir, a conservar siempre, por decirlo así, los ojos bajos. Naturalmente, esta prudencia, esta astucia con el dolor, que consistía en cerrar la guardia para rehuir el combate, era mal recompensada. Evitaban sin duda ese derrumbamiento tan temido, pero se privaban de olvidar algunos momentos la peste con las imágenes de un venidero encuentro. Y así, encallados a mitad de camino entre esos abismos y esas costumbres, fluctuaban, más bien que vivían, abandonados a recuerdos estériles, durante días sin norte, sombras errantes que sólo hubieran podido tomar fuerzas decidiéndose a arraigar en la tierra de su dolor.»

3. «Tenía una voz fuerte, apasionada, que arrastraba, y cuando atacaba a los asistentes con una sola frase vehemente y remachada: ‘Hermanos míos, habéis caído en desgracia; hermanos míos, lo habéis merecido’, un estremecimiento recorría a los asistentes hasta el atrio. [...] ‘Desde el principio de toda historia el azote de Dios pone a sus pies a los orgullosos y a los ciegos. Meditad en esto y caed de rodillas.’»

4. «A Tarrou, que parecía asombrarse de su enclaustramiento, le había explicado que, según la religión, la primera de la vida de un hombre era una ascensión y la otra mitad un descenso: que en el descenso los días del hombre ya no le pertenecían, porque le podían ser arrebatados en cualquier momento, que por lo tanto no podía hacer nada con ellos y que lo mejor era, justamente, no hacer nada.»

5. «Inútilmente, todas las tardes, en los bulevares, un viejo inspirado, con chambergo y chalina, atraviesa la multitud repitiendo sin parar: ‘Dios es grande, venid a Él’. Todos se precipitan, por el contrario, hacia algo que conocen mal o que les parece más urgente que Dios. Al principio, cuando creían que era una enfermedad como las otras, la religión ocupaba su lugar. Pero cuando han visto que era cosa seria, se han acordado del placer. Toda la angustia que se refleja durante el día en los rostros, se resuelve después, en el crepúsculo ardiente y polvoriento, en una especie de excitación ravisosa, una libertad torpe que enfebrecce a todo un pueblo.»

6.

«-He vivido demasiado en los hospitales para gustarme la idea del castigo colectivo. Pero, ya sabe usted, los cristianos hablan así a veces, sin pensar nunca realmente. Son mejores de lo que parecen.

-Usted cree, sin embargo, como Paneloux, que *la peste tiene alguna acción benéfica, ¡que abre los ojos, que hace pensar!*

-Como todas las enfermedades de este mundo. Pero lo que es verdadero de todos los males de este mundo lo es también de la peste. Esto puede engrandecer a algunos. Sin embargo, cuando se ve la miseria y el sufrimiento que acarrea, hay que ser ciego o cobarde para resignarse a la peste.

Rieux había levantado apenas el tono, pero Tarrou hizo un movimiento con la mano como para calmarlo. Sonrió.

-Sí -dijo a Rieux alzando los hombros-, pero usted no me ha respondido. ¿Ha reflexionado bien?

Tarrou se acomodó un poco en su butaca y dijo:

-¿Cree usted en Dios, doctor?

También esta pregunta estaba formulada con naturalidad. Pero Rieux titubeó.

-No, pero eso ¿qué importa? Yo *vivo en la noche* y hago por ver claro. Hace mucho tiempo que he dejado de creer que esto sea original.

-¿No es eso lo que le separa de Paneloux?

-No creo. Paneloux es hombre de estudios. No ha visto morir bastante a la gente, por eso habla en nombre de una verdad. Pero el último cura rural que haya oído la respiración de un moribundo pensará como yo. *Se dedicará a socorrer las miserias más que a demostrar sus excelencias.*

Rieux se levantó, ahora su rostro quedaba en la sombra.

-Dejemos esto –dijo–, puesto que no quiere usted responder.

Tarrou sonrió sin moverse de la butaca.

-¿Puedo responder con una pregunta?

El doctor sonrió a su vez.

-Usted ama el misterio, vamos.

-Pues bien –dijo Tarrou–, ¿por qué pone usted en ello tal dedicación si no cree en Dios? Su respuesta puede que me ayude a mi a responder.

Sin salir de la sombra el doctor dijo que había ya respondido, que *si él creyese en un Dios todopoderoso no se ocuparía de curar a los hombres y le dejaría a Dios ese cuidado. Pero que a nadie en el mundo, ni siquiera Paneloux, que creía y cree, nadie cree en un Dios de este género, puesto que nadie se abandona enteramente, y que en esto, por lo menos él, Rieux, creía estar en el camino de la verdad, luchando contra la creación tal como es.*»

7. «Por eso hoy día todo el mundo parece cansado, porque todos se encuentran un poco pestíferos. Y por eso, sobre todo, los que quieren dejar de serlo llegan a un extremo de tal cansancio que nada podrá librarlos de él más que la muerte.»